

Carta desde el más acá a una dominicana pobre que fue asesinada en el año en que la «madre patria» celebraba el V Centenario

por Gonzalo Romero Izarra

Ahora, Lucrecia, que tu nombre resuena en nuestros diarios, diarios de esta que tú querías fuera también tu capital; ahora que ya descansas para siempre el descanso de los justos, yo quiero «escarbar la tierra con los dientes» siquiera para reposar mi rabia por aquel tiro asesino que algún dedo apretó, pero que estaba cruelmente amasado con la pólvora de muchos.

Ahora que ya somos europeos y que poco a poco veremos las orejas al lobo (cuyo nombre pudiera ser Maastricht, Bundesbank, CEE, fondos de cohesión, Copenhague...) de este tinglado mercantilista; ahora que ya somos «un hombre un voto» en esta democracia de pacotilla huérfana de participación y de criterios morales sólidos; ahora que ya se nos va olvidando que casi todos los nuestros (abuelos, tíos y hasta padres) antes de ayer viajaban en un tren de tercera con la carbonilla en las pestañas y la maleta con la cuerda, a ganarse el pan allende los Pirineos con la vergüenza a cuestas de ser español, a hacer las Alemanias o las Francias con el rabo entre las piernas y la hambruna en las entrañas; ahora, Lucrecia, que nos hemos gastado lo que a ti y sólo a ti te correspondía en este 92 de mierda, entre la Alta Velocidad para ver la Expo, que acabará pudriéndose en vía muerta. Pues ahora vamos y nos rasgamos las vestiduras porque cuatro cerdos sin rostro van y te pagan un tiro.

Ahora muchos cínicos de buena voluntad irán o iremos a las manifestaciones contra el racismo orgullosos nosotros de que esto es un brote aislado y que los espátulos nunca hemos sido racistas... hasta que aparecisteis tú y los tuyos. Pues nos has dejado con las vergüenzas al aire, Lucrecia, henchidos de televisiones privadas, de macros y de tiendas; ¡ya somos europeos!, la tapadera de los magrebíes, la pared de las pateras; éste es nuestro V Centenario con el que os obsequiamos.

¡Perdónanos, si puedes! Perdona por haberte matado por ser pobre; por haberte arrancado la solidaridad a tiros y por tener tan duro el corazón. ¿Sabes? También los cínicos de no tan buena voluntad se excuspan unos a otros echando las bellotas de la culpabilidad en los pastos de los otros puercos del vecindario político. Se les ha visto el plumero, don José María, alcalde.

Y nosotros, los cristianos. Representados en altas instancias por obispos que dicen que si la ley de extranjería ha sido mal aplicada. Esto es por si faltaba alguien

en el circo. ¿Qué parroquia de Aravaca va a poner a estos hermanos tuyos y nuestros del 92 en su sitio, o sea, en un sitio digno donde poder pasar un invierno caliente? ...y de paso dejar en su sitio el rostro de Jesús, el de Nazaret, el que escribió y vivió la más bella página de amor y de justicia de la historia de la humanidad; aquel que descendió a los infiernos (*descensus ad inferos*), esos infiernos que en Aravaca se llaman, por ejemplo, «Four Roses».

Tú, Lucrecia, que has ascendido allí donde reposáis los que llamáis a la puerta de este tinglado económico llamado Europa: ¡perdonáanos si puedes!

Los que sois Sur a la fuerza nos tendréis que enseñar a los que somos Norte la esperanza. Si alguna vez me pierdo, que me busquen, por Dios, entre las ruinas de vuestras chabolas. No quiero vivir ya consumiendo, que es un asco, estéticamente horrible, éticamente impresentable y religiosamente pecado, aunque se pague a buen precio en las revistas del corazón.

¡Hasta siempre, Lucrecia!

Genzalo Romero Izarra
Pedagogo del Instituto Emmanuel Mounier

Este artículo fue publicado por primera vez en la revista *Alcornoque*.